

IV Congreso Latinoamericano de Traducción e Interpretación

**ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE
LA IMAGEN PROFESIONAL DE
INTÉRPRETES Y TRADUCTORES**

Rut Simcovich

Algunas observaciones sobre la imagen profesional de intérpretes y traductores

Rut Simcovich

Si te digo, estimada/o colega, que al decir que soy traductora, la reacción más frecuente es preguntarme si hablo muchos idiomas, seguramente no te sorprenderás. Tampoco si te cuento que si me identifico como intérprete de conferencias, la respuesta es una mirada en blanco de mi interlocutor de turno. Como ya otros han observado, la nuestra es una profesión que, en el mejor de los casos, carece de imagen pública y en el peor, ha tenido mala prensa (“traduttore, tradittore”).

Seguramente observarás que me refiero a la imagen de intérpretes y traductores sin hacer distinción entre lo que considero que son especialidades de un tronco común que comparten muchas características. Por otro lado, tengo que confesar que dado que mi práctica profesional abarca tanto la traducción como interpretación, hay un elemento subjetivo en mi manera de pensar. A los fines de estas reflexiones, me gustaría dejar para otra ocasión la discusión sobre las diferencias entre ambas, que reconozco que existen y son importantes.

Alguien podría objetar diciendo que en los tiempos que corren y con tantos problemas concretos de los que uno tiene que ocuparse en forma cotidiana, simplemente para mantener la cabeza fuera del mar embravecido de las circunstancias actuales de la Argentina, es de poca utilidad detenernos en temas tan abstractos como nuestra imagen profesional.

Allí discreparíamos, ya que estoy convencida de que existe una relación muy importante entre las posibilidades de hacer valer nuestro trabajo y nuestra imagen profesional, puesto que de ella dependen, por ejemplo, nuestra jerarquización, honorarios, cantidad de gente que se siente atraída por la profesión y muchas cosas más.

Por lo tanto, valdría la pena preguntarnos qué es, en definitiva, nuestra imagen profesional, así como qué la construye, distorsiona, modifica, etc. Como no soy una profesional de la imagen, voy a proponerte mi propia definición: es lo que en el imaginario colectivo se evoca frente a la mención de nuestro nombre. Dicho de otra manera, el rol que la sociedad percibe que cumplimos.

Es necesario preguntarse sobre la relación que existe entre nuestra identidad profesional y nuestra imagen. Yo diría que las profesiones construyen su imagen a través de la proyección de su propia identidad, en una relación dialéctica (también nuestra identidad se ve afectada por nuestra imagen). En consecuencia, esto tiene efectos sobre lo que se considera necesario saber para estar capacitados para el ejercicio profesional, cómo se cobra (es decir, la unidad de medida utilizada), en qué consiste la tarea a realizar, etc.

Lo que llamamos profesiones liberales vienen construyendo su imagen profesional desde hace literalmente siglos. Y esa construcción es continuada. No pensamos hoy en los médicos igual que hace un par de siglos. Si alguien tiene alguna dolencia, no aceptará hoy que le hagan una sangría en la peluquería.

Esto lo menciono para subrayar que aunque, como dije al principio, no tenemos una imagen profesional clara o positiva, no todo está perdido, pero también para señalar

que si bien podemos hacer nuestros aportes individualmente, esto de la imagen se trata, mayormente, de una construcción colectiva y gradual.

Si queremos construir nuestra imagen, es esencial (nos dicen los teóricos) que comencemos por investigar cómo se percibe nuestro trabajo, para lo cual, debemos principalmente consultar a los usuarios de nuestros servicios.

Sin embargo, alguna evidencia indica que es difícil para traductores e intérpretes “separarse” del objeto de su tarea. En 1992, la Universidad de Turku de Finlandia realizó una encuesta sobre la calidad de la interpretación simultánea. Usando un cuestionario preparado por especialistas, se les pidió a los participantes de diferentes seminarios que calificaran la interpretación. Para sorpresa de todos, los resultados de la encuesta mostraron que en la valoración de los intérpretes tenía una influencia decisiva la propia calidad de los oradores, así como otros factores exógenos. En otras palabras, los mismos intérpretes fueron calificados de buenos o malos en conjunción con la calificación que había merecido el orador. Según me comentaron algunos de los organizadores de la encuesta, también se vio que el público le transfiere a los intérpretes su falta de satisfacción con otros aspectos (mal sonido, salón incómodo, conferencia poco interesante).

Más recientemente, una colega argentina me contó apesadumbrada una experiencia similar. En un congreso en el que había trabajado, el público debía contestar una encuesta sobre la interpretación. Una de las primeras preguntas se refería a la puntualidad. A pesar de que todos los intérpretes estuvieron en sus puestos de trabajo a la hora convenida, el público les dio la calificación más baja porque la sesión había empezado con demora (que, por supuesto, de ninguna manera había sido culpa de los intérpretes). Estas dos experiencias indican que si seguimos el pensamiento de los teóricos de la “calidad total” y le preguntamos a nuestros “clientes” qué es calidad, debemos ser sumamente cuidadosos para obtener resultados valederos.

Si esta es la mala noticia, la buena noticia es que la transferencia también parece operar a la inversa. He tenido la experiencia de observar que los intérpretes nos beneficiamos del prestigio de las personas a las que interpretamos. Me ha sucedido, por ejemplo, recibir un trato preferencial de “celebridad” repentinamente dispensado por los comerciantes del barrio después de verme en televisión al lado de alguna figura importante de los deportes. He recibido flores, efusivas muestras de afecto de personas que no me conocían pero admiraban a quien interpretaba, e inclusive regalos (uno de los últimos, un lindísimo libro con fotografías de mi propia ciudad).

Parecería que ocurre algo similar a lo que les pasa a los actores y actrices de las telenovelas que tocan las fibras sensibles del público. Sus verdaderas identidades se desdibujan y se convierten en “el villano” o “la pobre chica inocente y engañada”. De igual forma, los intérpretes nos “coloreamos” con atributos prestados.

En la Argentina, existe una larga tradición de privilegiado estatus social y admiración por todo lo que provenga del Hemisferio Norte. Por lo tanto, esta “transferencia” opera a nuestro favor, pero ¿qué sucede en otras latitudes? ¿Podemos sospechar que existe el mismo fenómeno de “transferencia” pero en este caso con efectos negativos? En aquellos países donde es preponderante la interpretación judicial para minorías, ¿podría pensarse que esta “transferencia” limita las posibilidades de los intérpretes locales de exigir mejores condiciones de trabajo y honorarios? En otras palabras, ¿si interpretamos al acusado del delito, nos cubre la sombra que proyecta?

Pero no es esto lo único. Me parece interesante intercalar aquí una anécdota que ilustra los insospechados efectos que puede producir la interpretación. Terminaba yo de interpretar el mensaje del nuevo presidente de una gran multinacional explicando a los empleados su visión del futuro, cuando me encontré con la persona que me había contratado. Sabiendo que no habla inglés le pregunté “¿Qué te pareció?” para saber si estaba conforme con mis servicios. La respuesta fue: “Muy alentador. **No sé si escuchaste cuando se refirió a...**” (pensando que le pedía su opinión sobre el mensaje del presidente, que había escuchado hacia instantes de mi propia boca).

Pasemos ahora a otro tema que, sin embargo, no deja de estar vinculado con el anterior. En varias oportunidades he podido observar que prácticamente no existen estadísticas de nuestra profesión. ¿Alguien tiene idea de cuánto se traduce en la Argentina? ¿Tenemos referencias de cuál es el mercado de trabajo por especialidad, por combinación de idiomas, etc.? He tratado de llevar mis propias estadísticas y sería interesante poder compararlas con las de otros. Para un profesional es esencial poder establecer medidas comparativas de productividad, tipos de errores y frecuencia de los mismos, métodos y herramientas de trabajo, etc.

Hemos visto en los párrafos anteriores que tener una medida cualitativa de nuestro trabajo no es una tarea sencilla, ya que son muchos los factores exógenos que se “cuelan”. Tampoco parece fácil tener una idea cuantitativa porque son pocos los trabajos estadísticos al respecto. Desde ya que esta es un área en la que tendrían un importantísimo papel las asociaciones profesionales, que podrían impulsar investigaciones rigurosas y sistemáticas y darlas a conocer. Es esencial para nuestra imagen profesional que tengamos más información sobre cómo son percibidos y valorados nuestros servicios pero también debemos ser capaces de responder a preguntas tales como ¿cuántos traductores hay en actividad? ¿cuánto se traduce? ¿en qué especialidades? y otras por el estilo.

En otro orden de cosas, mientras que a nivel mundial vemos una proliferación de escuelas de traductores e intérpretes, son muchas las dificultades que enfrenta quien quiera contratar a uno. Según cifras mencionadas por algunas compañías de traducción europeas, más del 80 por ciento de las personas que seleccionan inicialmente sobre la base de su currículum, más tarde no aprueba un examen de idoneidad profesional. He escuchado comentarios similares de las áreas de traducción e interpretación de la Comisión Europea y de Naciones Unidas. ¿Qué efecto tiene esto sobre nuestra imagen profesional?

Otra de las cuestiones que deberíamos plantearnos es la de la educación de nuestros clientes y del público en general. Si la evidencia empírica nos indica que, en términos generales, la gente no tiene una idea cabal de las dificultades que importa nuestro trabajo, ¿por qué son tantos los intérpretes y traductores que actúan como si nuestros clientes entendieran lo que hacemos? Es más, muchos parecen considerar que nuestros clientes tienen la obligación de entender lo que hacemos. Dado que somos nosotros los especialistas profesionales, ¿qué valor tiene la apreciación de un cliente de si un trabajo es fácil o difícil? Recuerdo a un gerente que, quejándose del costo de la interpretación me dijo “al fin y al cabo, se trata de decir ‘cow’ cuando alguien dice ‘vaca’”. Muchas veces nos quejamos de que se contrate a gente inexperta e incapaz pero no nos hemos tomado el trabajo de explicar en qué consiste nuestra tarea. Por lo menos en esta etapa histórica de la profesión, parte de nuestra labor cotidiana debe ser educar a nuestros clientes y difundir lo que hacemos. En este sentido, nuestra activa participación

en las asociaciones profesionales es una herramienta importantísima. No debemos pensar en ellas únicamente en términos de los beneficios que nos aportan en la forma de cursos, jornadas, etc. sino también desde este punto de vista.

Por último, quisiera detenerme en una idea muy difundida que es la de considerar a traductores e intérpretes como un mal necesario. Inclusive, entre los más optimistas, existe la idea de que además de mal necesario, es mal temporario, ya que en algún momento, seremos reemplazados por computadoras o sencillamente, la gente se dejará de vueltas y todos se pondrán a hablar inglés.

En épocas no tan lejanas, las grandes empresas multinacionales pensaban que en el futuro fabricarían un solo producto y se lo venderían a todo el mundo. De eso se trataba la sociedad de masas. Luego descubrieron lo que se dio en llamar “diversidad” y, en el campo del marketing, los “nichos de mercado”. Sencillamente, se dieron cuenta de que existen diferentes culturas, y diferentes necesidades. Que no todos valoran o necesitan las mismas cosas. En nuestra sociedad actual siguen existiendo estas dos concepciones. Si se me permite el paralelo, en la visión de que los traductores e intérpretes son “un mal necesario y temporario” se expresa la primera de esas ideas, la de la sociedad de masas.

En la concepción de una sociedad en la que coexisten distintos valores y culturas, la que se propone “celebrar”, respetar y promover la diversidad, está la otra visión del traductor y el intérprete. Son los traductores e intérpretes los que dan vida y valor a la diversidad. Sin ellos, la diversidad no sería más que localismo, distintas culturas aisladas, sin posibilidades de fecundarse entre sí. La única relación posible entre ellas sería la de dominación o sometimiento. Nuestro trabajo radica, específicamente, en acercar a otros lo que es distinto y hacerlo aprehensible. Gracias a nosotros, el mundo es infinitamente más rico y valioso para todos. Y es ese sentimiento el que debería expresar nuestra imagen profesional.